

Historia, Literatura y Filosofía Médicas

CERVANTES. - ALONSO QUIJANO EL BUENO

(Fantasía quijotesca)

Dr. FRANCISCO TERRADES Y PLA

Académico numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona

...Procurad que a la llana con palabras significantes y honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y periodo honesto y festivo, pintando en todo lo que alcanzaréis, y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y obscurecerlos.

CERVANTES

Prólogo

QUE un médico archicurrido en el ejercicio profesional dedique su atención a la máxima obra literaria de todos los tiempos, porque es universal y única en su género, bien merece una explicación previa, que al mismo tiempo sirva de excusa a mi atrevimiento, por osar poner mis manos en donde tanto han buceado sabios literatos, con lo cual, si no os place mi discurso, espero sabréis ser indulgentes.

• Cuando hace unos años, por un fallo equivocado, y así reconocido y subsanado el error, fui separado de la Universidad, y por una decisión arbitraria que espera todavía reparación, fui desconectado de mi cargo en un hospital de sobras por todos conocido, me encontré con un vacío de tres horas diarias que desde hacía más de cincuenta años venía dedicando todas las mañanas a los hospitales, y no iba a resignarme pasivamente, a tomar el sol en invierno y el fresco en verano en cualquier banco de cualquier parque. El relleno de este vacío ha sido colmado en parte con los libros; y con ocasión del centenario de Cervantes me he dedicado a estudiar el alma del Quijote, quizás influido inconscientemente por ciertas analogías ambientales, adquiriendo la convicción de que éste en nada se parece a los libros de caballerías, ni a ninguna de las novelas corrientes; por el contrario, veo en él transparentarse la vida real y atormentada de su autor, entre largas horas de meditación, en una cárcel, sobre las injusticias, veleidades y egoísmos de la humanidad; engendro agravado sin duda por los achaques de los años que imprimen a nuestros pensamientos un sello inconfundible de pesimismo. Y este es mi punto de vista.

Por si algún malicioso, que siempre los hay, encontrara tendenciosa, alguna de las citas del Quijote que tengo que hacer, bueno será que me adelante a él y diga bien claramente, que todo cuanto cito es de sobra conocido, pues que todo el mundo lo ha leído; y ello no significa aquiescencia; y que si lo cito, es porque viene a cuento para recoger el mayor número de datos con que basar mi argumentación y defender mi tesis, que no para causar la menor molestia a nadie, ni menos censurar, pues no es este mi oficio; que para tal cosa está la conciencia de cada uno que es el mejor censor, pues le sigue toda la vida y a veces aun en la otra. Mas esto, no ha de ser impedimento para que señale las enseñanzas que del estudio del Quijote se desprenden en aplicación a la vida cotidiana de cada uno.

* * *

La primera impresión que produce la lectura del «Quijote» es de que Cer-

(*) Conferencia pronunciada en la Real Academia de Medicina de Barcelona el día 26 de Abril de 1948. Presidencia Dr. Corominas.

vantes quiso ridiculizar los libros de caballerías, describiendo las grotescas aventuras de un loco empapado hasta el meollo de la caballería andante de Don Roldán, Amadis de Gaula y otros personajes de la época heroica medieval; y así lo manifiesta el autor al final del libro, diciendo: «...pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías.» Pero si meditamos un poco, veremos que en aquella época, como en muchas otras más cercanas, no era fácil decir ciertas cosas que en el libro se dicen, sin peligro de caer en desgracia; y así lo dice Don Quijote en su plática con Don Diego de Miranda (Cap. XVI, 2.ª parte): "...pero hay poetas que a truco de decir una malicia, se pondrán a peligro que los destierren a las islas del Ponto..."; por lo cual no tiene más remedio que atribuir las a un loco irresponsable, disimulando con ello su intención.

Quien haya leído libros de caballerías, pronto echa de ver que Don Quijote poco tiene que ver, en el fondo, con los mismos. En éstos hay casi siempre una exaltación de las fuerzas humanas hasta lo inverosímil: un hombre partido de un tajo de arriba abajo en dos, como si fuera manteca; un caballero que lanza en ristre ensarta cuatro o cinco enemigos seguidos, como riñones a la broche; otro que de un salto prodigioso traspone una muralla y cae en medio de una plaza limpiándola de enemigos, y así por el estilo. No se ve en aquellos caballeros el hombre de buena fe que sólo se preocupa de hacer bien a sus semejantes, sino al hombre que pelea porque sí.

En cuestión amorosa, son casi siempre amores bastardos pocas veces en armonía con los de tipo social o cristiano. El otro elemento fuerte de tales libros son los gigantes y encantadores, que hacen, claro está, cosas imposibles y disparatadas, pero que se dan como posibles.

El personaje de Cervantes es completamente distinto. Don Quijote puede ver encantamientos en cosas que no pasan como su imaginación tenía forjadas, pero en realidad todo pasa como cosas naturales, y así las ven los demás. Don Quijote no es sanguinario ni peleón, más que cuando le parece que debe serlo para deshacer algún agravio. En cuestión de amores no hay en Don Quijote más extravagancia que la suya, con el amor imaginario y ultrarromántico de su Dulcinea; pero en el transcurso del libro hay una serie de lances amorosos que si empiezan libremente, según era muy corriente en aquella época, terminan en la más estricta moral cristiana.

Cervantes se sirvió de los libros de caballerías como armazón al estilo de la época, para montar el suyo y quizás también en sus primeros capítulos, del Entremés del Romancero, como sugiere Menéndez Pidal. El material de construcción está sacado de episodios de su vida, nacidos de su mala estrella de tantas veces como topó con diversos personajes y costumbres de la época. El ropaje es el ingenio con que lo viste y la galanura de estilo en la que destaca una finura y bondad que nunca llega a la ofensa personal; y nos lo manifiesta claramente en su prólogo, diciendo: "*procurad que a la llana con palabras significantes y honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período honesto y festivo, pintando en todo lo que alcanzareis, y fuere posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos ni obscurecerlos*". El alma es la amargura ante tantas decepciones y los desengaños que por ellas experimenta al final de su vida, ya en plena derrota física y social, a cambio de la rectitud y abnegación con que ha servido a la sociedad.

Buscando un símil adecuado, puede decirse que es como la Basílica de San Pedro: La caballería andante es el volumen y líneas generales del edificio; los hechos de la vida de Cervantes, el material de construcción; la forma literaria, el decorado; la intención, es la espiritualidad del edificio. Quien no vea más que la línea arquitectónica o el decorado, no cala en la utilidad de la construcción. Como todo gran edificio, es lógico suponer que no se formó en un día de meditación. El «Quijote» debió ser engendrado durante largo tiempo; pero así como una semilla lleva una fuerza en potencia, en equilibrio estático hasta tanto

que condiciones exteriores ponen en movimiento sus fuerzas, en la mente de Cervantes la cárcel fué la incubadora que le dió a luz, como claramente lo dice en el prólogo.

* * *

En el interior de Cervantes han vivido Don Quijote y Sancho Panza como dos fuerzas de impulsos bien distintos, pero inseparables, por esto Sancho, reconociendo la locura de su amo, no sabe desprenderse de él. Y así dice en el Capítulo X de la 2.^a parte: *"Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le voy en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo..."* Y más lejos (Cap. XIII), dice *que no quiere dejar a su amo por más disparates que haga, porque le ve tan bueno. No puede expresarse mejor la subyugación que le causa su bondad.*

Cervantes es hombre bueno, de trayectorias rectilíneas, de reacciones violentas y aficionado a la aventura; no es para él la vida sosegada de un pueblo manchego. Su familia le concierta un casamiento para sujetarlo un poco; pero este casamiento sin amor y su estancia en Esquivias no son para él; la contemplación diaria del horizonte manchego, triste y monótono, con sus molinos de viento por toda decoración, le enerva, y un día huye de su casa. En este momento, sitúa el empiezo de su obra sin querer acordarse de este lugar de la Mancha; pero sí se acuerda de los molinos de viento, que Don Quijote quiere abatir con vano empeño en su primera aventura.

Cervantes en su juventud es amigo de la aventura, pasa a Italia como secretario del Cardenal Acquaviva y más tarde, previa alguna aventura amorosa, se alista en el ejército para pelear al servicio de Dios y de su Rey, asiste a la batalla de Lepanto, donde pelea en pleno ataque de paludismo a bordo de la galera «Marquesa», y a otras acciones, y pretende inútilmente un puesto de capitán en Flandes con su hermano Rodrigo. En el Capítulo XXXVIII ensalza con gran entusiasmo la supremacía de las armas sobre las letras.

Sufrió duro cautiverio en Argel, de cinco años que debieron parecerle siglos como a los encantados del sabio Merlin; y en otras ocasiones probó la cárcel injustamente, y en ella tuvo ocasión de hablar con varios penados sobre la causa de su condena, que encontró unas veces injusta, otras exagerada y otras por falta de dineros para untar a quien convenía. Don Quijote se enfrenta con los galeotes cargados de cadenas, tiene horror a las cadenas, les interroga uno a uno y los libera sin parar mientes en la causa de la condena, porque duda de la justicia o, cuando menos, de la proporcionalidad de la misma; por esto dice en el Capítulo XXXIX: *"porque no hay en la tierra conforme a mi parecer; contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida"*. Más tarde (Capítulo XLI) se complace en describir la historia del cautivo; parece como si los cinco años de cautiverio le quedaran profundamente grabados en su subconsciente como una pesadilla que le seguirá toda la vida, y describe con minuciosos detalles, que nada tienen que ver con las aventuras de Don Quijote, la vida, peripecias, sobresaltos y riesgos que corré el cautivo para recobrar su libertad; además de otras historietas sobre el mismo asunto. Tanta es su obsesión, que en el Capítulo LVIII, de la 2.^a parte, repite: *"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres."* Cervantes no sólo sostuvo la moral de sus compañeros, sino que se jugó la vida varias veces en sus intentos de escapatoria colectiva.

Hace descender a Don Quijote a la cueva de Montesinos, en dónde las horas le parecen días, como debían parecerle a él en la cárcel. Allí encuentra a los que están encerrados desde hace siglos por arte de un encantador, que en el mundo real no es más que un intrigante poderoso ansioso de interferir en cual-

quiera buena acción, por envidia de la gloria; y sólo otro más poderoso, o algún esforzado caballero, es capaz de deshacer la intriga y poner las cosas en su punto. De estas intrigas e injusticias padeció Cervantes, y manifiesta por boca de Don Quijote la voluntad de repararlas por su mano, diciendo (Cap. XVIII, 2.ª parte) "*que sería útil que volvieran los caballeros andantes en estos tiempos en que triunfan la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo*". Y en el Cap. LX, dice Sancho en la cuadrilla de Roque Guinart: "*Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aún entre los mismos ladrones.*" (Palabras que pueden interpretarse en doble sentido.)

Cervantes fué comisario para la requisita de trigo y aceite para la Armada Invencible, que mandó el inepto Medina Sidonia, cargo ingrato, que a pesar de desempeñarlo con arreglo a la ley, le proporcionó graves contratiempos y hasta una excomunión, porque estando en Écija, y encontrando exhaustos los graneros por requisas anteriores, hizo sacar de unos graneros de una comunidad religiosa, que le valió una excomunión del arzobispo, que le costó trabajo levantar. A esto debe referirse cuando en el Cap. XIX, 1.ª parte, dice Don Quijote, después de dispersar a una comitiva que conducía a un difunto: "*Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada... que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestigios del otro mundo.*"

Por la natural resistencia de los labradores, secundada por las autoridades de los pueblos, fué acusado por un regidor, de irregularidades. Y hace decir a Don Quijote, entre jocoso y serio, cuando el cuento del rebuzno (Cap. XXXII, 2.ª parte): "*...que bien pudiera ser que regidores que entonces rebuznaran vinieran con el tiempo a ser alcaldes*".

Para congratularse con el pueblo y evitar escándalos, las autoridades levantaban muchas veces los embargos que había hecho según la ley; lo que le proporcionó muchos sinsabores y aun la cárcel (tengamos en cuenta el desorden burocrático y la inmoralidad administrativa de aquella época). Por esto en la 2.ª parte, Cap. XXVII y siguientes, dice: "*...que todos sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador*". Y: "*...aun pudiera ser que fuera más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador*". Insistiendo, Sancho Panza, jugando el vocablo, dice: "*...que yo he visto ir más de dos asnos a los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva*". La duquesa escribe a Teresa Panza: "*...porque quiero que sepa la señora Teresa que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo*". Y Sancho a su mujer: "*De aquí a pocos días me partiré al gobierno a donde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo*". A pesar de todo, cuando llega el caso hace constar repetidas veces su honradez, y aun dice taxativamente: "*...quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras islas*". Sancho Panza y la insula Barataria es el doble de Cervantes y la Comisaria de Hacienda de la que salió atropellado; estuvo sujeto a una revisión de cuentas que se repitió al cabo de unos años, y de todo salió con honra pero pobre; como Sancho de la insula.

Este cargo, que ejerció largo tiempo, así como el de alcahalero, le ocasionaron muchos disgustos, viajes por la comarca y a Madrid, ya a pie, ya en caballería, dándole ocasión a conocer la comarca, ventas y gentes que por ella transitaban, que más tarde debían ser testigos de las hazañas de su héroe; pasó penuria y apuros de bolsillo, y por boca de sus personajes hace resaltar en las bodas de Camacho el despilfarro de los ricos cuando hay gentes muertas de hambre. Luego ensalza la virtuosidad del caballero del Verde Gabán, que reparte grandes hienes a los pobres. Esto nos recuerda la munificencia con que le socorrió el posadero Gutiérrez en Sevilla cuando estaba en la cárcel.

Debió arrostrar la indiferencia y el menosprecio, y quizás la burla de los señores de la Corte, que sin duda tenían menos acciones personales que él; y Don Quijote y su escudero son albergados en casa de los duques para su diversión. Pero más adelante se venga (Cap. LXX, 2.^a parte) y dice más Cide Hamete: *"que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques a dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de 'dos tontos'"*.

Esta indiferencia le inspira unas palabras que dirige a Don Diego de Miranda (Cap. XVII, 2.^a parte): *"Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero recobrando a una doncella en las ciudades."* Y antes, a Sancho (Cap. XII): *"...pues lo mismo acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que les diferenciaban y quedan iguales en la sepultura"*.

Gracias al apoyo que en cierta ocasión encontró en un caballero de la Corte a cuya mujer ayudó cuando le cogieron cautivo, fué comisionado para llevar un mensaje al gobernador de Orán; y a la vuelta, cuando creyó encontrar una buena colocación, se vió otra vez en medio de la calle. No es mucha fantasía parangonar este caso a la subida de Don Quijote en el caballo «Clavileño» hasta la región de las nubes, para encontrarse luego en el mismo sitio

Cansado y aburrido, solicita un empleo en las Indias, pero ya no encuentra quien le valga, y le contestan en tono destemplado. En una plática a Sancho (Cap. XLII, 2.^a parte), dice Don Quijote: *"Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; llega otra, y sin saber como, ni como no, se hallan con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron."* Esta amargura la pone en boca de Don Quijote cuando dice (Cap. X, 2.^a parte): *"En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tome, mira y asesten las flechas de la mala fortuna."* Y más adelante (Cap. XXIV): *"...y que si la vejez os coje en este honroso ejercicio (se refiere al de las armas) aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá cojer sin honra, y tal que no os podrá menoscar la pobreza; cuanto más que ya se va dando orden como se entretengan y remedién los soldados viejos y estropeados"*. Aquí estima en mucho su honor aun a trueque de quedar estropeado, y esto le consuela en su pobreza; así lo pregona también en el prólogo de la 2.^a parte. Ya antes, en la 1.^a parte, hace decir a un personaje: *"Muchos años ha que es grande amigo mio este Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en hacer versos."*

Pero al final del libro reconocí que de sus desdichas tiene la culpa el predominio del espíritu quijotesco sobre el sanchesco. Por esto, cuando Don Quijote quiere propinar a viva fuerza los dos mil azotes a su escudero para desencantar a Dulcinea, éste se rebela hasta el punto de quererle estrangular si no le deja tranquilo; y Don Quijote «juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese». Efectivamente, más tarde, Sancho Panza cumple el deseo de su amo, pero en vez de castigar sus carnes, propina los azotes a los árboles. Estos azotes son los mismos dos mil a que le condenó el Bey de Argel por un intento de fuga, que por su entereza e intercesión de muchos amigos cristianos y aun moros, no llegaron a dársele. Por la acción de Sancho, renuncia ya a estériles sacrificios; lo cual reconoce explícitamente Don Quijote, cuando ya en trance de morir vuelve a la razón y dice a Sancho: *"Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo."* (Capítulo LXXIV). Con estas palabras, Cervantes, ya definitivamente vencido, expresa la amargura que le causan los desengaños de su vida; reconoce la locura

de la aventura por hacer bien sin buscar beneficio propio, que por tal es tenuta para muchos, y que es pagada unas veces con burlas y otras con palos, pero pocas veces agradecida ni apreciada su buena intención.

Por si no fueren bastantes estas citas para sostener que el insigne manchego escribió una imagen de su propia vida, él mismo nos dice ya en el prólogo de la obra: "*Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante.*" Y así: "*¿Qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, si no la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?*" Y en el diálogo con Don Diego de Miranda, añade: "*...la pluma es lengua del alma; cuales fueron los conceptos que en ella se engendren, tales serán sus escritos.*"

Réstame hablar brevemente de los atinados razonamientos del Caballero andante cuando no rozan con los de su profesión, parangonándolos con su progenitor.

Cervantes es hombre franco, recto y de sano criterio, que alterna en su vida con las reacciones rápidas y arriesgadas; esto le salva en Argel, donde de cuatro tentativas infructuosas de evasión escapa casi sin castigo cuando otros pagan con azotes o con la vida por mucho menos, porque sabe convencer con su gallardía y sus palabras a sus carceleros, al renegado Dali-Mami y al feroz bey Hasan-Veneciano, aun declarándose él organizador de las escapatorias y negándose a revelar el nombre de sus cómplices.

Sus modales y buen trato de gentes le dan gran ascendiente entre los cautivos de Argel, y hasta en el difícil cometido de la requisita del trigo, es muchas veces bien considerado por los mismos requisados.

Don Quijote tiene también la gallardía de su autor cuando prueba que no le intimidan los leones (que bien pudieran ser los tormentos con que le amenazó el bey Hasán); y cuando habla en cuerdo, deja admirados a los que le escuchan y aun a los que le leemos. De entre sus discursos, citaré uno de los consejos que da al futuro gobernador de Barataria: "*No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga rey de las ruinas.*" (Cervantes tuvo ocasión de ver como los mismos jueces le privaban el cumplimiento de la ley.)

Cervantes, cuando soldado, estuvo en la región toscana y por su afición a las letras tuvo tratos ruinosos con libreros. Don Quijote, en Barcelona visitó una imprenta, hizo gala de conocer algo el toscano y hace decir a un autor: "*¿Quiere vuesa merced que se lo dé a un librero, que me dé por el privilegio tres maravedises y aun piensa que me hace merced en dárme los?*" Omíto, para no ser pesado, dar detalles sobre las muchas veces que Don Quijote habla de los poetas de la época, en consonancia con las intrigas y antipatías de que fué blanco Cervantes; y menciono sólo de pasada la benevolencia que Don Quijote tiene para con los comediantes de la farándula; sabido es que Cervantes en sus mocedades sentía especial atracción por ellos.

Tódas estas cosas nada tienen de común con la caballería andante.

* * *

La vida de Cervantes en sus primeros cuarenta años es de aventura; pelea en Italia, en Lepanto, donde pierde una mano, y en alguna otra acción naval. Cuando, provisto de buenas recomendaciones, cree encontrar una buena ocasión para entrar en el ejército, cae cautivo en Argel, donde hace actos de heroísmo y de abnegación para con sus compañeros de cautiverio; vuelve a España y va a la Corte a solicitar un puesto en la milicia en Flandes o donde sea, sin con-

seguirlo. Durante este tiempo ha alternado las armas con las letras, con predilección siempre por las primeras; pero al fin se rinde, decepcionado, y acepta cualquier empleo para poder vivir. La primera parte de Don Quijote está llena de aventuras extravagantes de las que sale casi siempre molido o estropeado, pero no escarmienta y lo acepta todo.

A partir de los cuarenta años, Cervantes renuncia por completo a las armas; es comisario del Gobierno para la requisita de trigo y aceite para la Armada Invencible, empleo poco apetecible porque topa constantemente con la resistencia de los interesados a dejarse expoliar; se ve metido en conflictos sin buscarlos; corre de zeca en meca toda Andalucía y Castilla y con este motivo conoce posadas y mesones y mide las carreteras, ya a pie, ya a caballo; conoce el desdén con que son mirados por los de arriba los méritos contraídos, y hasta las miserias de la cárcel, pero conserva la rectitud; no le queda tiempo para las letras porque bastante le dan que hacer los números y las intrigas que sobre él se ciernen; y rendido ya, aspira a una vida sosegada y tranquila. La segunda parte de Don Quijote ya no es de aventuras fantásticas ni de ilusiones; las que tiene son llenas de realidades y más bien buscadas por su manía de rectitud; asiste a las bodas de Camacho, es huésped de los duques, del caballero del Verde Gabán, de los jóvenes que juegan a la vida pastoril, de Roque Guinart y de Don Antonio Moreno; se afana en dar sanos consejos a los de quienes es huésped y a su escudero; su fantasía va al ocaso y una venta ya no es castillo sino venta; es atropellado por animales inmundos, lo que le hace decir (Cap. LIX, 2.^a parte): *"Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo la verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las arras, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valiosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y moído de los pies de animales inmundos y soeces."* Por fin, rendido en Barcelona por el caballero de la Blanca Luna, retorna a su casa meditando sobre las dulzuras de la vida pastoril, o sea la vuelta a la tierra del que ya siente la fatiga de los años. Esta amargura del vencido sintió también Cervantes hacia el fin de su vida.

Si la característica del hidalgo manchego es no escarmentar, Cervantes la tiene también, y una noche, cansado y avejentado ya por sus achaques y privaciones, se levanta de la cama para socorrer a un hombre herido y topa otra vez con la justicia; el alcalde Cristóbal de Villarroel, para no comprometer el honor de un colega suya, tuerce la investigación judicial y manda prender al ya ilustre autor del «Quijote». A propósito de esto, dice Miguel S. Oliver en su «Vida y semblanza de Cervantes»: «No en balde aprieta a correr la gente a la vista de un crimen, y abandona al moribundo antes que tropezar con el alguacil. Sólo el autor del «Quijote» o Don Quijote mismo y sus contados descendientes se arriesgan a hacer el bien, pase lo que pase y caigan o no bajo las mallas de la curia o en las afrentas de un proceso.» En este párrafo dicho escritor identifica las actuaciones de Don Quijote y de Cervantes, pues no acierta a distinguir quien obró.

* * *

Cervantes escribió su vida, unas veces usando de la metáfora como la de los molinos de viento, y otras, con más sentido real, expresando con gran finura de estilo las quejas que de la sociedad tiene, pintando su intención que no es de arrepentimiento sino de ratificación, pues en el prólogo de la segunda parte, dirigiéndose al autor del falso «Quijote», dice: *"...que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa (se refiere a la batalla de Lepanto) que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella"*. Esta ratificación de conducta, aun a la vista de las injurias recibidas, es en Don Quijote condición *sine qua non* de la herencia espi-

ritual de Cervantes, y podría añadir también, la reincidencia sin escarmiento ni interés propio.

* * *

Epílogo. Ser quijote es, según la Academia, «Ser hombre ridiculamente grave y serio, nimiamente puntilloso, que pugna con la opinión y usos corrientes, por excesivo amor a lo ideal, que a todo trance quiere ser juez o defensor de cosas que no le atañen.» Esta definición es buena si se toma el personaje al pie de la letra; y así está sancionada por el uso. Pero el andante manchego es algo más, es un hombre esencialmente bueno porque se sacrifica por el bien de la humanidad siempre que ésta actúa torcidamente; lucha aunque sea en perjuicio propio hasta agotar sus fuerzas físicas, para empezar nuevamente cuando ve algún tuerto a deshacer; y aunque se dice que se mete en cosas que no le atañen, en realidad no es así, porque en poco o en mucho todas las cosas atañen a todos; lo que hay es una desproporción entre el grado en que le atañen y el sacrificio que se impone. Si Don Quijote no fuera un caballero andante aislado, si como él se interesaran todos por todo, es indudable que la justicia, la moral y la honradez campearian por el mundo en abundancia; pero no es así porque el egoísmo predomina en la humanidad, y Don Quijote acostumbra a quedarse solo y molido; eso si no es desvalijado por los mismos beneficiarios de su acción; como los galeotes liberados por su esfuerzo, que luego le apedrean y roban lo que en las alforjas llevaba su escudero.

Dice Pi y Molist, miembro preclaro que fué de esta Academia, que todos hemos sido más o menos quijotes, sobre todo en nuestra juventud y algunos reincidentes en edad madura; y Miguel S. Oliver habla de Don Quijote y sus *contados descendientes*. El gran psiquiatra se refiere al quijotismo tal como lo define el diccionario, y tiene razón; pero los descendientes de que nos habla Oliver, del Don Quijote completo, no son tan contados cuando las circunstancias son propicias para ello, como la época presente. Las setas salen en otoño cuando llueve, y en el mundo ha llovido mucho. Los auténticos descendientes de Don Quijote se han prodigado, y han pagado como siempre su altruismo, unos con la vida, otros con la cárcel y otros con su hacienda. Seguramente que todos vosotros sentís también la necesidad de que el mundo tenga presente los consejos que el hidalgo manchego da a Sancho gobernador y hasta creo que muchos suscribiríais una carta, que dice Cide Hamete que escribió Don Quijote a Sancho y que no llegó a su destino porque éste dejó el gobierno; aunque yo la conceptúo apócrifa, leeré la parte más interesante, que dice así: «Piensa que nunca gobernarás a gusto de todos, pero a lo menos hazlo con equidad y justicia, porque ésta es siempre bien apreciada hasta por los contrarios; no verás nunca a un criminal que en saliendo de la cárcel vaya a matar al juez que le condenó, como no sea en asuntos políticos, que es donde los hombres pierden más a menudo la razón de la justicia. Para ello te recomiendo que no te dejes llevar por la ira, ni por la vanidad de la elevada posición que ocupes por tus méritos o por las mercedes que otros te han otorgado. Ten presente que, siendo el poder y la justicia delegación divina, eres responsable de ella no sólo ante los hombres, sino ante Dios; y si involuntariamente te equivocares, tienes obligación de enmendar el error tan pronto lo conozcas y sin esperar a que te lo demanden, que *quien hierra y se enmienda a Dios se encomienda*; pues ninguna disculpa te evitaría de ir al infierno, del cual no te escaparías ni de gobernador, ni que fueras canónigo, ministro, rey o papa; por el contrario, cuanta más alta gerarquía tuvieres en este mundo, tanto más hondo calarías en el otro.

»Otra cosa te quiero decir: atiende a la salud de las almas fomentando el catolicismo, que es el único *ismo* social saludable, aunque otros puedan ponerse de moda; y procura desmascarar a los creyentes descreídos que son los que más daño hacen a la religión.

»Atiende también a la salud del cuerpo; ya te dije en otra ocasión (Cap. LI, 2.^a parte) que *procures la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía*. Pueblo sano es siempre pueblo poderoso y alegre en el que encuentra más fácil arraigo la virtud; por el contrario, en un pueblo enfermizo, pobre y mal alimentado, arraigan fácilmente todos los vicios; por lo cual te has de interesar en el buen cumplimiento de los médicos. Ya en los títulos que se les daba antiguamente para ejercer su ministerio, que puede compararse con el sacerdocio, se les hacía jurar «de usar bien y fielmente de su Facultad, de guardar secreto en los casos convenientes y de asistir de limosna a los pobres de solemnidad y con el mismo cuidado que a los ricos». Pero también decía a los Jueces y Justicias «que le guarden y hagan guardar y cumplir todas las honras, gracias, franquezas, libertades, prerrogativas e inmunidades que a semejantes facultativos aprobados suelen y deben ser guardadas, haciendo se le paguen cualquier maravedís y otras cosas que por razón de su facultad le fueren debidos».

»Haz, pues, que sean bien considerados, para que les quede remuneración suficiente para atender a los pobres de limosna y amorosamente; si algún día llegan a la vejez, procura que se les pague el debido retiro sin excusa alguna si lo tienen de derecho, porque los que tal no hicieren lo tendrán que pagar ellos con graves penas en el otro mundo. Pero huye en lo posible de socializar la medicina, porque poniendo el médico a sueldo y no siendo fácil de medir la calidad de su trabajo, se corre el riesgo de que ésta disminuya por falta de estímulo exterior y por sobra de agobios materiales que les haga flaquear el espíritu de amor al prójimo de que están imbuidos, porque al fin son de carne y hueso como todo el mundo; con lo cual pudiera suceder que, convertidos en operarios a sueldo, miraran su trabajo como una pesada carga que hay que quitarse de encima rápidamente; y también fuera muy posible que el enfermo, recelando del interés que el médico tenga para con él, fuera exigente en demasía, como ya ha sucedido; tanto más que hay ya harta propensión a decir en los casos de muerte que el médico tiene la culpa. Estas exigencias y desconfianzas harán retraer a los médicos que sienten el sacerdocio de la profesión libre de trabas inquisitoriales, ocupándose los primeros puestos más por un pugilato económico que por suficiencia científica; y, en fin de cuentas, unos y otros verán el fin de su vida plagado de incógnitas. Además, al ponerles a sueldo, les quitas los honorarios, palabra que viene de honor, porque su trabajo es altamente honorífico; es lo mismo que si a los caballeros andantes nos pusieran a sueldo y cuenta que los médicos son caballeros andantes que socorren con amor a los desgraciados que están enfermos, alivian sus miserias corporales, consuelan a las familias, guardan secretos de honras mancilladas, protegen desvalidos, no tienen hora fija para comer y dormir, como nosotros mismos, y luchan con la muerte, que es el peor enemigo. Bien dijiste en una ocasión «que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondrás sobre tu cabeza y los honrarás como personas divinas.»

Y aquí termina la carta que no llegó nunca a su destino.

Pero a buen seguro que más de uno de los aquí presentes podría también escribir un capítulo de auténtica aventura quijotesca con el escenario de las fragosidades de Sierra Morena o en los campos soleados de Montiel. Pero no; recordemos lo que al final del libro dice Cide Hamete a su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, peñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte.» Renunciemos, pues, a escribir nuevas aventuras, no de los quijotes que define la Academia, sino de los descendientes del auténtico, que luchan solos por el bien de la humanidad sin esperar recompensa y que comen bellotas si otra cosa no tienen, y que salen molidos y averiados. Por otra parte, son de sobra conocidas por el que no

sea sordo de conveniencia; además, quizás harían reír a más de cuatro que, bien comidos, no han comprendido su abnegación y altruismo, como la vida tormentosa de Cervantes reflejada en la locura de Don Quijote, ha hecho reír a tantas generaciones; porque, como dice Pi y Molist, los locos hacen siempre reír al vulgo.

* * *

La historia del Ingenioso Hidalgo de la Mancha es de todos los tiempos, porque siempre ha habido y habrá facedores de tuertos, mancilladores de honras, bodas de Camacho, duques dispuestos a divertirse, creyentes descreídos, comediantes de la farándula y cosas que parecen de encantamiento; y siempre habrá Quijotes auténticos. Si este cuarto centenario se ha celebrado tan calurosamente en todo el mundo civilizado, es porque en esta época de turbulencia general el Don Quijote que está en nuestro subconsciente pugna por salir a deshacer tuertos, combatir gigantes, reparar injusticias, dar de comer a los hambrientos y libertar a los oprimidos. Pero no sale... porque le lleva la mano el espíritu socarrón de Sancho Panza.

todos los factores terapéuticos del hígado vivo

VIBEPAL

MEDICACIÓN HEPÁTICO-VITAMÍNICA



Fábrika Española de Productos Químicos y Farmacéuticos
P.º Navacerrada, 62 - Telef. 55386 - Apartado 9030
MADRID

Principio antianémico del hígado fresco
y vitaminas **B₁**, **B₂**, nicotinamida
y **C**. estabilizadas

INYECCIÓN INTRAMUSCULAR

Caja de 10 amp.
de 2 c.c.

Caja de 10 amp.
de 1 c.c.

ANEMIAS • CARENCIAS • INTOXICACIONES • RECONSTITUYENTE GENERAL